

David Reinoso

Se atormenta

una vecina

m̄r



CAPÍTULO 1

El chillido fue breve, pero suficientemente largo como para alertar a los vecinos en el silencio de la madrugada. Un grito ahogado, entrecortado por el miedo durante la caída al vacío. Se pudo intuir el pánico y la desesperación en el leve alarido de auxilio previo al mortal impacto.

Gregoria fue la primera en interrumpir su sueño y decidió salir de la cama. En realidad ella nunca dormía, o al menos con eso bromeaba siempre su marido Arsenio. El matrimonio rondaba ya los setenta y siempre había vivido en aquel humilde edificio del centro de la ciudad. Por allí habían pasado ya todo tipo de inquilinos. Desde jóvenes parejas que acababan marchándose a medida que aumentaban los miembros de la familia hasta estudiantes ruidosos que alquilaban una habitación a un precio exorbitante. Pero Gregoria y Arsenio aún permanecían bajo ese techo, viendo entrar y salir al resto. Año tras año. Recibiendo y despidiendo a sus vecinos.

El insomnio era una lucha habitual en Gregoria, y aquella noche consiguió conciliar el sueño... ¿por

DAVID REINOSO
SE ATORMENTA UNA VECINA

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico**
Y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2020, David Reinoso

© Ilustración de p. 8, Daniel Montero Galán

© 2020, ©Editorial Planeta, S.A.

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4660-3

Depósito legal: B. 2.639-2020

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Black Print

Impreso en España-Printed in Spain



cuánto tiempo? ¿Quizás cuatro horas? Escuchó el grito que provenía del pequeño patio común de vecinos. Después, un golpe seco que llevó de nuevo al silencio. Maldijo entre dientes a la persona que se había apropiado de su descanso nocturno y se sumió en un dilema que resolvió en apenas unos segundos hasta que tomó una rápida decisión. El sonido que había entrado en la habitación la dejó en modo alerta, y en un primer momento quiso volver a reunirse con Morfeo, ya que tanto le había costado quedarse dormida aquella noche. Pero pronto reparó en aquel chillido: «¿Qué demonios ha sido eso? ¿Un grito? ¿Quizás dejamos la tele del salón encendida?». En seguida supo que el sonido provenía del patio, pero necesitaba confirmar su sospecha a través de una segunda opinión. Su marido, Arsenio, dormía plácidamente, así que no le quedó más remedio que, llevada por su insaciable curiosidad, salir de la cama y comprobar de dónde provenía aquel chillido.

La luz del alba que llegaba del exterior iluminaba con la claridad suficiente como para caminar por la habitación sin necesidad de encender la luz. Gregoria se dirigió a la ventana, cuya persiana su marido había dejado a medio bajar cuando se acostó. No soportaba dormir en una habitación a oscuras y siempre dejaba que un halo de luz bañase el dormitorio durante la noche. Con cuidado para no despertar a Arsenio, tiró de la persiana y la elevó un par de pal-

mos más, lo suficiente como para poder husmear el exterior. Giró el pomo de la ventana, abrió y el frío del amanecer le dio una reconfortante bofetada. Dejó que la brisa fresca impregnase de aire renovado la habitación subiendo un palmo más la persiana, y decidió asomarse. Echó un vistazo alrededor y disfrutó del silencio del patio cerrado, que pronto se contaminaría con las primeras conversaciones del día, el tintineo de cucharillas en tazas de café, el sonido de agua corriendo en los baños y todo el repertorio de prisas mañaneras.

Desde la ventana de su habitación controlaba a toda la comunidad. Dormitorios, cuartos de baño y cocinas de hasta cuatro plantas constituían un rectángulo cerrado no muy amplio con techo descubierto. Sabía quién vivía en cada uno de los pisos. Asomó un poco más la cabeza para mirar hacia arriba. Era una costumbre que practicaba a diario para comprobar el estado del cielo. Ese día era de un azul oscuro que comenzaba a clarearse. Decepcionada por no haber descubierto a qué se debía el ruido que la había despertado, compuso una mueca de resignación y regresó sobre sus pasos, bajó la persiana e intentó volver a dormir. Pero antes de cerrar la ventana vio algo que le llamó la atención, justo en el momento en que su cabeza atravesaba el marco de la ventana. Se asomó de nuevo, miró hacia abajo y fijó su vista en el fondo del patio. Ahí estaba el origen de todo. Lo que vio explicaba el chillido ahogado y el golpe

seco. Una mujer yacía boca abajo en el suelo sobre un charco de sangre. Gregoria volvió a mirar hacia las ventanas de sus vecinos en busca de una respuesta: ¿alguien más estaba viendo lo mismo que ella? Pero rápidamente notó que su cuerpo comenzaba a descomponerse. El aire fresco dejó de reconfortarla y comenzó a ser contaminante para sus pulmones. Caminó con dificultad hacia atrás y se llevó la mano al pecho a medida que aumentaba considerablemente su ritmo cardíaco. Las bocanadas de aire no eran suficientes para saciar la sensación de ahogo y decidió pedir auxilio. Se topó con la cama, se dejó caer sobre los pies de su marido y zarandó el muslo del hombre que aún dormía, ajeno a lo que estaba pasando.

—Despierta, Arsenio. ¡Despierta!

El inspector Cobos llegó temprano a la comisaría. Nada le habría hecho sospechar lo que estaba por venir. Con un vaso de cartón en la mano, lleno hasta arriba de café solo, caminó apesadumbrado hasta su mesa de trabajo. El color apagado de su ropa describía a la perfección su estado de ánimo habitual: apático ante su rutina diaria. Una chaqueta de tonalidad indescriptible entre el verde oscuro y el negro desentonaba con un pantalón marrón oscuro y una camisa de color gris claro. Esbozó un saludo obligado hacia sus compañeros a ambos lados de la sala

con una forzada sonrisa que muy pocas veces sacaba a relucir y que se escondía bajo un oscuro bigote. Llegó hasta su caótica zona de trabajo, dio un sorbo al amargo café que nunca endulzaba y apartó unos papeles que descansaban sobre el teclado del ordenador. Buscó una nueva ubicación para ellos, pero no tenía suficiente espacio en la mesa, así que decidió abrir el primer cajón del escritorio. El desorden se apropiaba también de ese reducido espacio cerrado donde carpetas, cables, un cargador, tres *pen drives*, bolígrafos y más papeles pedían a gritos una mano de limpieza. Cerró con un golpe seco el cajón y probó suerte con el segundo, donde apareció, como si de un puñetazo se tratase, un marco de fotos con una imagen en la que aparecía él, visiblemente más sonriente, junto a una mujer y una niña de unos siete años. Cobos no se recreó demasiado en aquella fotografía, en la que su familia y su yo del pasado le sonreían. Observar la foto le producía dolor. Colocó los papeles justo encima y volvió a cerrar el cajón.

Cuando se disponía a encender el ordenador, notó que alguien lo buscaba con la mirada. Levantó la vista y vio al comisario Vázquez apoyado en la puerta de su despacho y con los brazos cruzados.

—Cobos —dijo con la autoridad que le caracterizaba y con un movimiento de cabeza que el inspector tradujo como «a mi despacho». Cobos miró a ambos lados, en busca de una respuesta. ¿Alguien

sabía a qué se debía esa llamada? Pero sus compañeros eran ajenos a lo que acababa de ocurrir.

—No tengo todo el día —insistió Vázquez con impaciencia.

Cobos se levantó de un salto, avanzó rápido hasta el despacho del comisario y se detuvo al llegar al umbral. Justo en ese momento, Vázquez tomaba asiento, mandó cerrar la puerta con un gesto y lo invitó a sentarse frente a él. Hacía tiempo que el inspector no entraba en aquel despacho, pero no notó cambio alguno. Las mismas banderas española y de la Policía Nacional en una esquina detrás de la mesa, el cuadro del rey al otro lado, testigo de tantas reuniones, el mismo aire cargado y contaminado por la falta de ventilación y la misma mirada arrogante de su superior. Todo seguía igual.

—Tenemos un suicidio en la calle Gloria. —Vázquez le entregó una carpeta a Cobos, dejándola caer sobre la mesa—. Algo sencillo. Es todo tuyo.

Cobos abrió la carpeta y ojeó los papeles que contenía. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Me das un caso que ya está cerrado?

—No seas tan negativo. Es tu oportunidad de volver salir a la calle.

El inspector miraba por encima los documentos.

—¿Qué pasa? ¿No te interesa?

—Sí, claro, claro. Es solo que...

—¿No te sientes preparado aún?

En aquel momento, Cobos no habría sabido decir qué le molestaba más, si el hecho de que le dieran un caso en el que poco podría implicarse policialmente hablando o que el comisario dudase de que estuviera preparado para volver a ponerse al mando de una investigación. Aunque, en realidad, ambas opciones estaban estrechamente ligadas, lo que le producía una extraña sensación de rabia y decepción.

—No es eso. Es solo que... me esperaba algo más —logró decir el inspector en un intento de morderse la lengua.

—Mira, Cobos. Seamos sinceros. —Por el tono en que lo dijo, el inspector supo que aquellas palabras no iban a ser de su agrado—. Llevas meses sin salir a la calle. No pretenderás que te dé de buenas a primeras una investigación de espionaje —dijo con más sorna que compasión.

—He sido tu mejor inspector.

—Estoy de acuerdo. Has sido —matizó—. Pero ahora las cosas están como están.

La ira comenzaba a dibujarse en la mirada de Cobos, y Vázquez la conocía perfectamente. Una palabra más alta que otra y la guerra podría estallar en cuestión de segundos entre aquellas cuatro paredes. Cobos siempre había odiado a aquel comisario, su fanfarronería, el uso de la verborrea cuando ejercía su poder jerárquico, su forma de hablar por encima del bien y del mal, su tediosa ironía, su tozudez a la hora de dar órdenes. Por molestar, le molestaban

hasta el amarillo de sus dientes y esas gafas redondas que llevaba para parecer más intelectual, y que todos sabían que no necesitaba.

Tres golpes secos en la puerta interrumpieron la tensión entre los dos hombres, que se miraban fijamente esperando que el otro dijera algo para rebatirlo. Un joven policía, vestido con el uniforme reglamentario, abrió la puerta a la orden de «adelante» de Vázquez.

—Inspector Cobos, le presento a su ayudante. Ortega, siéntese, por favor.

Ortega dio un paso al frente y se colocó junto a Cobos, que no daba crédito a lo que estaba viviendo.

—Encantado, inspector. Un honor —dijo el chico.

—Será una broma... —logró decir Cobos, menospreciando el saludo del joven, que tomó asiento cuando se cansó de mantener el brazo extendido en busca de un apretón de manos que no llegaba.

—No seas desagradable con el chico —lo recriminó Vázquez.

Cobos le echó un vistazo de arriba abajo. Su aspecto chorreaba inexperiencia por los cuatro costados: rostro imberbe, mirada tímida y porte ligeramente desgarbado.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó Cobos al comisario mientras clavaba la mirada en el chico, para intimidarlo. Ortega tardó en reaccionar, y solo cuando recibió una señal de aprobación por parte del comisario, se levantó y salió del despacho.

—No necesito un policía en prácticas.

—No me jodas, Cobos. No me jodas.

—Además, podría ser mi hijo.

—Pues cuídalo como tal. —Cobos resopló—. Mira, Cobos. Ve allí, haz unas preguntas a los vecinos, descubre por qué se suicidó esa mujer, vuelve y escribe un informe. Listo. Será tu primera toma de contacto con el mundo exterior después de lo de... —Hizo una breve pausa—. Bueno... Demuéstrale al chaval todo lo que sabes. Deja que se impregne de tu sabiduría...

Cobos estaba confuso, ¿aquello había sonado irónico?

El inspector apenas habló en el coche de camino a la calle Gloria. Todo lo contrario que el joven Ortega, quien intentó en varias ocasiones romper el incómodo silencio que se había apoderado del vehículo proponiendo diferentes temas de conversación. Poco éxito tuvo el muchacho, que además buscaba la mirada cómplice de su nuevo compañero. En un último intento de llamar la atención del inspector y ganarse su confianza, decidió sincerarse, profesándole su admiración.

—Me hace mucha ilusión trabajar con usted.

Cobos ni siquiera pestañeó, disimulando estar atento a la circulación mientras conducía.

—Sé todo lo que ha hecho. Ha sido... Bueno, es un gran inspector. Una eminencia en el Cuerpo.

Conozco todos sus casos, podría decirse que lo sé todo de usted —añadió entre el orgullo y la vergüenza.

—¿Y sabes también que no me gusta que me molesten mientras conduzco?

Ortega bajó avergonzado la mirada y continuó en silencio el resto del viaje por las estrechas calles del centro de la ciudad. Al llegar a su destino, se percataron del jaleo que había a media altura de la vía. Bendecido por la suerte, Cobos encontró aparcamiento justo en la acera de enfrente y, antes de apearse, se dirigió al joven policía.

—Aquí las preguntas las hago yo, ¿lo entiendes?

—Por supuesto. Pero déjeme decirle que, a pesar de mi juventud, cuento con experien...

Cobos interrumpió a Ortega cogiendo un pequeño cuaderno que guardaba en la guantera y saliendo del coche. El chico no tuvo más remedio que resignarse y abandonar el vehículo. Se dirigieron a paso firme hacia el portal, donde los esperaba un grupo de vecinos visiblemente ansiosos de información. Mientras Cobos intentaba pasar de largo y esquivarlos, Ortega, dos pasos por detrás de su superior, pudo echar un rápido vistazo a todos ellos. Amparo, una mujer anciana y vivaz, de corta estatura, aún en pijama y bata, llevaba la voz cantante en una conversación que se cortó ante la presencia del inspector y su ayudante. Junto a ella, un matrimonio de setenta años de edad, Gregoria y Arsenio;

ella, visiblemente afectada, con el miedo dibujado en el rostro y buscando continuamente la complicidad de su marido, al que parecía no afectarle lo sucedido; Andrés, un señor casi octogenario en silla de ruedas y de aspecto malhumorado, acompañado de Julián, su hijo menor, que ronda la cuarentena; una pareja a punto de cumplir los cuarenta, formada por Arturo y Belén, de aspecto impecable: ambos parecían recién salidos de la peluquería; Amaro, un chico de origen mexicano y evidente atractivo latino; una pareja joven, formada por Paula y Lucas, que desentonaba entre la edad madura del grupo. Y Fermín, varón que superaba los cincuenta y que rápidamente Ortega reconoció como el portero del inmueble por su uniforme, compuesto por un pantalón azul marino y camisa blanca. Todos ellos, reunidos en un pequeño portal de un edificio antiguo que luchaba por modernizarse a golpe de pintura, lo que no conseguía disimular los desconchones de la pared, el olor a humedad y la madera desgastada de las escaleras.

—A ver, dejen paso —dijo Cobos, abriéndose camino entre la multitud.

—¿Y este quién es ahora? —preguntó Amparo con desprecio, cansada de ver entrar y salir a distintos profesionales que no se identificaban como a ella le gustaría.

Cobos hizo caso omiso mientras se adentraba en el portal. Se dejó guiar por el ir y venir de policías, que entraban y salían de un patio a través de una

puerta abierta situada al fondo del pasillo, justo al otro lado de las escaleras. Ortega lo seguía de cerca, y pronto pudieron ver el cuerpo sin vida de una mujer, boca abajo, sobre un charco de sangre que se perdía por el desagüe del suelo de color gris claro. Cobos cruzó el patio y echó un rápido vistazo a su alrededor: un pequeño espacio interior donde iban a dar diferentes viviendas que se elevaban hasta la cuarta planta y que dejaba entrar ampliamente la luz natural a través del hueco, al descubierto.

El inspector se acercó a un hombre que se encontraba arrodillado junto al cadáver. Pronto se reconocieron.

—Coño, inspector. ¿Vuelve a las andadas? Me alegro de verlo. —Se saludaron con un apretón de manos. Después, el forense reparó en la presencia del muchacho—. Viene acompañado.

—Bermúdez, él es Ortigosa.

—Ortega —corrigió el joven mientras le ofrecía su mano como saludo.

—¿Qué tenemos? —Cobos ignoró la respuesta del chico y decidió echar mano al bolsillo de su chaqueta, sacó un paquete de tabaco, se llevó un cigarrillo a la boca e hizo amago de encenderlo, pero la mirada de desaprobación del forense se lo impidió. Optó por guardar de nuevo el cigarro.

—Mujer, cuarenta años, cayó desde el cuarto piso —dijo, señalando una ventana que rápidamente Cobos reconoció gracias a la presencia de un policía

que hacía fotos en el interior del domicilio. Bermúdez se movía con naturalidad por el patio. Su seguridad denotaba años de experiencia. Llevaba media vida dedicado a esto.

—¿Se precipitó al vacío? —quiso saber el inspector.

—Todo indica que sí.

—¿Dejó alguna carta de despedida, una nota quizás? —preguntó Ortega ante la mirada de desaprobación de Cobos. ¿No le había dejado claro que aquí las preguntas las hacía él?

—Negativo —contestó Bermúdez.

—Entonces no se descarta el homicidio —apuntó Ortega.

—Ni el accidente —corrigió Cobos, con la sonrisa de satisfacción de quien tiene la última palabra.

—Además, no hay aparentes signos de violencia —añadió el forense para ridiculizar aún más al joven.

—¿Podemos echar un vistazo ahí arriba? —Cobos sacó la libreta y un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y comenzó a escribir algo.

—Todo el que queráis. Nosotros ya nos vamos. Cuando tenga algo te llamo —respondió Bermúdez.

Cobos se giró y observó de nuevo la multitud que se encontraba en el portal del edificio. En cuanto el policía que custodiaba la puerta les abrió el campo de visión, los vecinos aprovechaban para husmear.

—Cuarto derecha. Ve rápido. Están nerviosos y son un poco pesados —aconsejó Bermúdez.

—¿Les han tomado declaración?

—Sí, nadie ha visto ni oído nada. Solo esa mujer que está tan nerviosa. —Cobos observó a Gregoria y comprobó su estado de intranquilidad—. Ella fue quien avisó a la policía. Bueno, su marido. Dice que escuchó un golpe y que se levantó a mirar por la ventana. Vio el cuerpo ya en el suelo, pero al parecer no sabe nada más.

Cobos lanzó una mirada a Ortega para que lo siguiera y, mientras abandonaban el patio, Bermúdez no pudo evitar echar un vistazo de arriba abajo al ayudante del inspector.

Al llegar al portal, los vecinos esperaban ansiosos, cual periodistas que se agolpan a las puertas de un punto de interés aguardando la noticia, el titular, la declaración que satisfaga a sus jefes y lectores. Cobos se abrió paso entre ellos con dificultad y se dirigió hacia el ascensor.

—No funciona —avisó Julián, que no se despegaba de su padre—. Iban a venir a arreglarlo, pero fue una falsa promesa. Él es el presidente —añadió, señalando a Arturo—. Él tiene la culpa.

—Y dale. Que no hay presupuesto —se excusó Arturo, que se despegaba de la muchedumbre alborotada, más preocupado por su peinado engominado que por otra cosa.

—¿Se pondrá bien Maira? —preguntó Gregoria, acercándose al inspector.

—Mujer, ¿no has visto que está muerta? —intervino Andrés desde la silla de ruedas.

—Aún no me hago a la idea. La tragedia ha llegado a este edificio —exageró sin pretenderlo Gregoria.

Cobos y Ortega esquivaron a los vecinos y, a duras penas, consiguieron alcanzar las escaleras, donde el desgaste de los años del edificio contrastaba con una moderna rampa para minusválidos. Antes de comenzar a subir peldaños, el inspector se dirigió a ellos desde el primer escalón, como si de un pregonero en fiestas se tratase.

—Les pido paciencia y llamo a la calma, vecinos. Estaremos aquí unos minutos y nos iremos, no molestaremos demasiado.

—Cualquier cosa que necesiten, mi marido y yo estaremos encantados de ayudar. Yo soy Belén y él es Arturo. Familia Jiménez Casado, tercero izquierda.

—Los pijos, vamos —añadió Amparo.

—Vivimos con nuestro hijo —continuó Belén lanzando una mirada reprobadora a Amparo por haberla interrumpido—. Él aún está en casa durmiendo, esperemos que no le quede trauma por este desagradable incidente. Se llama Clemente.

—¿Lo ve? Nombre de pijos —apuntó de nuevo la anciana.

—Amparo, ¿por qué no se calla un mes? —intervino Arturo.

—En fin. —Cobos quiso zanjar la absurda discusión—. Gracias a todos. Quizás luego necesitemos

que nos contesten algunas preguntas. Les rogamos que permanezcan en sus casas.

—Nosotros tenemos dentista a las once —se alarmó Gregoria, buscando la mirada cómplice de su marido.

—Bueno, no se preocupe, señora. En caso de requerir su ayuda, nos pasaremos más tarde.

Justo en ese momento, dos sanitarios se abrían paso hacia el portal cargando en una camilla el cuerpo sin vida de Maira, protegido dentro de una bolsa para cadáveres. Amaro se santiguó, Gregoria se llevó la mano al pecho, compungida, y Fermín andaba más preocupado por otra cosa.

—¿Y nadie me va a fregar el suelo del patio?

—Para eso estás tú, vago —soltó Andrés.

—Ay, qué fatiga. No sé si podré limpiar toda esa sangre —dijo, antes de taparse la boca con la mano para intentar contener una arcada.

—Este, con tal de no trabajar, se agarra a cualquier excusa. —Amparo se sumó al ataque hacia el portero.

Cobos no quiso perder más el tiempo, así que aprovechó la distracción de los vecinos para hacerle un gesto con la cabeza a Ortega y escapar de allí. Ni siquiera lo miró, pero sabía que seguiría sus pasos.

—Menudas joyitas de vecinos —dijo lo suficientemente alto como para que Ortega lo escuchara.

Maira llevaba apenas unas horas sin vida y su piso aún respiraba su presencia. Los agentes comenzaban a abandonar la zona, lo que les dejaba al inspector y a Ortega más intimidad para inspeccionarlo. La decoración de la vivienda demostraba buen gusto por parte de la difunta, y la luz solar que recibía el piso más alto del edificio ayudaba a crear un ambiente bastante acogedor.

Cobos se adentró en la cocina y se fijó rápidamente en el suelo manchado que llevaba días sin fregarse. Después fue directo, como atraído por un imán, a la ventana abierta, situada entre el fregadero y la nevera, y mientras caminaba notó el suelo pegajoso. Lo primero que vio al llegar fue un tendedero, que recorría en paralelo la pared hasta otra ventana próxima. Por la distribución del piso, Cobos intuyó que no compartía esas cuerdas con ningún vecino, sino que daban a otra habitación de la misma casa. Se asomó a la ventana para contemplar el patio y fijó su mirada en la mancha de sangre que había dejado el impacto de la mujer contra el suelo. Su cuerpo ya no estaba allí, pero Cobos cerró los ojos y pudo oír el golpe. Un sonido seco, quizás un rápido crujido de huesos. Le resultó desagradable solo con imaginárselo. Rápidamente, esa imagen se cruzó con un recuerdo. Era de noche y rugía feroz una tormenta. Cobos estaba empapado y la fuerte lluvia le impedía ver con claridad. Avanzaba por el exterior de una zona de naves industriales abandonadas. La

agonía se dibujaba en su rostro mientras sostenía una pistola. Pudo sentir el pánico en cada paso que daba, mirando a un lado y a otro con cautela. Un sonido inesperado lo hizo detenerse y cambiar de dirección. De repente, un disparo.

—¿Sigue pensando que fue un accidente? —Las palabras de Ortega lo hicieron reaccionar. Cobos abrió los ojos aliviado, agradecido por el hecho de que el joven lo hubiera sacado de aquella ensoñación.

—Pudo caerse mientras tendía o recogía la ropa. —Cobos parecía despistado y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Lo pensé. Pero, fíjese, no hay ropa en el tendedero y la lavadora ni siquiera está puesta. Además, la caída se produjo de madrugada; no es la hora más habitual para tender la ropa.

Cobos se debatía entre el hecho de felicitar al joven policía por su rapidez y lamentar no haberse dado cuenta él antes que su ayudante de todos esos detalles tan evidentes.

—Bien visto. Te estaba poniendo a prueba —dijo, intentando disimular—. Pero no descartemos el accidente tan fácilmente.

Cobos salió de la cocina y se dirigió al pequeño salón. Rápidamente fijó su atención en las dos copas que había sobre la mesa. Buscó con la mirada a Ortega, que en seguida entendió lo que le quería decir.

—Estuvo acompañada horas antes de su muerte —afirmó Ortega.

—Según las declaraciones que han hecho a la policía, ningún vecino afirma haberla visto en las últimas horas. Probablemente, quien le hiciera compañía durante la noche no vivía en este edificio.

Cobos se agachó frente a las copas y se acercó para oler el poco líquido que quedaba en ellas. Whisky solo en una y ginebra con tónica en otra.

—¿Hay indicios de que la víctima hubiera tenido...? —preguntó Cobos mientras se incorporaba—. O sea, dos copas, madrugaba, gente joven...

—Puede decir la palabra «sexo», no tengo nueve años. Habrá que esperar a la autopsia.

Cobos ordenó que se llevaran las copas como pruebas. Uno de los agentes se acercó, cogió los vasos con precaución y los guardó en una bolsa transparente, dejando sobre la mesa dos manchas circulares producidas por el contacto de las copas frías con la madera.

El inspector se asomó al dormitorio, que daba al salón.

—La cama está hecha.

—O es muy madrugadora o pasó la noche fuera y no le dio tiempo a meterse en la cama —reflexionó Ortega.

—Pudo haber ligado y haber regresado a casa con compañía —añadió Cobos.

—Y quizás él quiso tener sexo y ella no. Hubo un forcejeo y la mató —remató la hipótesis el joven.

Cobos lanzó una mirada de desaprobación a su ayudante.

—Perdón, me he precipitado.

—Tendremos que hablar de nuevo con los vecinos, a ver si alguien recuerda haber oído a Maira llegar a casa con alguien. Con suerte vinieron borrachos e hicieron ruido por los rellanos, el ascensor está estropeado, tuvieron que subir por las escaleras.

—También podríamos preguntar si vieron salir a alguien cagando leches bien temprano, segundos después de la caída de Maira por el patio —apuntó Ortega.

Cobos asintió con la cabeza. Le pareció una buena sugerencia por parte de Ortega. Continuaron inspeccionando el domicilio en silencio unos minutos más hasta que el inspector dio por finalizado el protocolo de reconocimiento. Al dirigirse hacia la salida, se encontraron con la puerta entreabierta: el último agente en abandonar la vivienda se habría olvidado de cerrar al salir. Al franquear la puerta, Cobos sorprendió a Fermín intentando poner la oreja mientras sujetaba el palo de la fregona.

—¿Qué hace? —preguntó el inspector.

Fermín quiso disimular sin éxito, dando unas pasadas al suelo.

—Uy, uy, uy... Qué sucio está esto. Claro, con tanta gente entrando y saliendo...

—¿Estaba espiando?

—No, no, no... Yo estaba aquí fregando, es lo que hago cada mañana.

Cobos observó el suelo y comprobó que estaba completamente seco. Lanzó una mirada acusatoria al portero, lo agarró de la camisa a la altura del pecho y lo empujó contra la pared.

—Vale, estaba intentando escuchar. Pero no he oído nada, lo juro.

Cobos no contestó, lo miró de manera intimidante y apretó un poco más.

—Entiéndame usted, señor inspector —bajó la voz—. Si no llevo algo de información, esa gente la tomará conmigo. Ya ha visto cómo me han tratado antes. Prefiero darles algo de que hablar y tenerlos contentos.

—¿Está usted insinuando algo? ¿Lo tratan mal sus vecinos? —preguntó Cobos aún sin soltar la camisa del portero.

—No, no, no. Yo... Qué va, qué va. Tienen muy mala leche, pero son inofensivos. —Fermín se estaba poniendo nervioso por segundos—. Son muy suyos, usted ya me entiende...

—Usted vive en el bajo, ¿verdad? —La intervención de Ortega tranquilizó algo al portero, que asintió con la cabeza—. Su piso se encuentra justo entre el patio y la entrada al portal.

—Así es. Piso, portería, todo en uno.

—¿Escuchó usted el grito y el golpe? —intervino Cobos, que decidió dejar de intimidar a Fermín y separarse un par de pasos hacia atrás para permitirle respirar.

—A ver. ¿Saben cuando estás durmiendo y oyes algo y te despiertas y no sabes si el ruido es real o pertenecía al sueño? Pues eso me ha pasado a mí esta madrugada. No le di mayor importancia. Eso sí, me desvelé y ya no volví a pegar ojo pensando en todo lo que tenía que hacer hoy, que me toca limpieza de cubos. No saben la de mierda que se acumula ahí cada semana...

—Al grano —lo interrumpió Cobos.

—Pues eso, que me quedé despierto y al poco ya oí el grito de auxilio de Gregoria y tuve que salir de la cama.

—¿Escuchó algún otro ruido que le llamara la atención, entre la caída y los gritos de Gregoria?

—¿Como qué?

—¿Alguien saliendo del edificio, algún portazo?

—Mmm, no. —Fermín intentaba recordar, pero parecía seguro en su respuesta—. No, no. Además, el portón de la entrada es viejo y hace un ruido horrible. El oído se me ha hecho a él; si estoy dormido, no me molesta, pero, si ando despierto, lo escucho perfectamente desde casa. Estoy justo al lado.

—¿Podría decir que, entre la muerte de Maira, momento en el que usted se despertó, y el grito de Gregoria, nadie salió de este edificio?

—Esa puerta no se abrió hasta que llegó la ambulancia, eso sí puedo asegurárselo.

Cobos observó a Ortega buscando su aprobación. Parecía entre sorprendido y satisfecho con la res-

puesta. Si Fermín decía la verdad, el coto de investigación se cerraba y cogería fuerza la teoría de que Maira había pasado la noche, o parte de ella, con uno de sus vecinos, el cual había mentido al negar haberla visto en las últimas horas. ¿O quizás era Fermín el que estaba mintiendo?

—Gracias por su colaboración. —Cobos tocó el hombro de Fermín en señal de agradecimiento, y se dirigió a Ortega—: Vamos.

Cobos y Ortega comenzaron a bajar las escaleras. El inspector quería compartir impresiones con su ayudante, pero temía que hubiera más vecinos ansiosos de información con respecto a la investigación. Cuando bajaron al segundo piso, una puerta se abrió tras ellos.

—Chss. —Amparo llamó la atención de los agentes desde el umbral de su casa—. La han matado, ¿verdad?

Cobos y Ortega se detuvieron en mitad de las escaleras.

—Señora, por favor... —le reprochó Cobos.

—Se veía venir —dijo la mujer.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ortega.

—Yo vi algo.

Esas tres palabras que pronunció la anciana bastaron para llamar la atención de Cobos y Ortega. «Yo vi algo». ¿Tendría aquella mujer la clave del caso, la pista fundamental para la investigación, el hilo del que tirar? Los agentes se miraron y retrocedieron al mismo tiempo hasta el piso de Amparo, que

los esperaba con un gesto de mezcla de satisfacción y expectación. Estaba disfrutando del momento, había captado la atención de las autoridades e iba a aportar un dato que para ella era de vital importancia. Estaba plétórica y orgullosa. Invitó a pasar a Cobos y a Ortega al interior de su domicilio mientras sujetaba la puerta y, una vez que los agentes estuvieron dentro, echó un vistazo al exterior, husmeó el rellano con el ceño fruncido, miró a ambos lados, después arriba y abajo para cerciorarse de que no había nadie por allí cerca. Dio un paso atrás para meterse de nuevo en casa y cerró la puerta con sigilo.